

EL PROCESO DE SECULARIZACION Y EL SECULARISMO

Insuficiencia de la exclusividad que tantos hombres y sistemas filosóficos de hoy atribuyen la propia cultura empírica, racionalista e idealista, siendo así que la fe supera el reino de los sentidos y de la fantasía y que hoy la razón es prisionera de un racionalismo preconcebido y rechaza la disciplina de la mente que debería estar orientada hacia la Verdad y ser receptiva a los criterios superiores del saber.

«... ¿qué nos sucede a nosotros, hombres embebidos en la mentalidad que funda su seguridad cognoscitiva sobre la experiencia sensible y experimental y sobre el razonamiento científico? Sucede que los hombres de hoy son reacios y desconfiados para admitir un conocimiento que mire hacia la esfera de la Realidad invisible (cfr. 2 Cor. 5,7) y, por añadidura, fundada sobre la fe, si esta fe no se resuelve con una comprobación directa de nuestros sentidos y de nuestra razón. Decimos inmediatamente que nosotros, creyentes, en el sentido religioso no tenemos ninguna objeción de principio que hacer al testimonio de los sentidos y mucho menos a la sana razón; por el contrario, estimulamos y admiramos la cultura natural del hombre, su riqueza y sus desarrollos. Nuestra objeción mira el límite, la suficiencia, la exclusividad que hoy tantos hombres y tantos sistemas filosóficos ponen a la propia cultura empírica, racionalista e idealista, rechazando admitir un conocimiento sobre los testimonios de la Revelación, esto es, sobre la palabra de Dios; mientras Dios, desarrollando su propia obra de elevación y de salvación del hombre, una «economía» propia de El, sobrenatural, que transforma el destino de todo hombre y de toda la Humanidad, ha hecho de la adhesión a su palabra, esto es, de la fe, la condición «sine qua non» de nuestro definitivo destino feliz: «Quien creyere y fuere bautizado se salvará; en cambio, quien no creyere será condenado», palabras solemnes y testamentarias de Cristo (Marc., 16,15).

«He aquí entonces una amarga conclusión de esta sumaria visión del cristianismo: la fe, primera fuente de la salvación, ha llegado hoy a ser la primera dificultad para conseguirla.

"Querriamos interesar vuestra atención sobre la condición mental de tanta gente hoy hostil o refractaria a la fe. ¿Por qué lo es? Se diría que la razón se encuentra incapacitada ante el tema de la fe, el problema y el método de la auscultación de la palabra de Dios; y esto porque la fe supera el reino de los sentidos y de la fantasía; o bien porque la razón, prisionera de un racionalismo preconcebido, rechaza la disciplina de la mente, que debería estar orientada única y ardentemente hacia la Verdad. Falta a muchísimos hijos de nuestras generaciones aquellas profilaxis del pensamiento lógico y honesto que lo haga receptivo a los criterios superiores del saber, capaces de percibir las voces profundas de las cosas y del espíritu, y el pensamiento puro y simple que sepa acoger cordialmente aquel sonido especial de las palabras divinas del Evangelio (cfr. "Mat., 11,26)».

PAULO VI: Alocución a la Audiencia General del miércoles 1 de agosto («O. R.», 2 de agosto de 1973, original italiano; traducción de Ecclesia, núm. 1.654 del 11 de agosto).

El proceso de secularización en lo cultural y sociológico, ha llevado al secularismo que es un enemigo mortal del cristianismo.

«Hoy día constituye una realidad del mundo moderno compleja y muy diversamente enjuiciada, que requiere nuestra atención: el fenómeno de la secularización en su relación con el ateísmo.

"El proceso de secularización que afecta a nuestras sociedades de forma radical puede parecer irreversible. No es solamente el hecho de que las instituciones, los bienes, las personas se sustraigan al poder o al control de la jerarquía de la Iglesia: ¿qué puede ser más normal, en efecto, si se piensa en las tareas humanas de suplencia que la Iglesia se ha visto obligada a asumir en el pasado?"

"Pero el fenómeno, vosotros lo sabéis, llega mucho más lejos, en los planos cultural y sociológico. No solamente las ciencias, comprendidas las ciencias humanas, las artes, sino la historia, la filosofía y la moral muestran tendencia a tomar como única fuente de referencia al hombre, su razón, su libertad, sus proyectos terrenos, fuera de una perspectiva religiosa que no es compartida por todos. Y la misma sociedad, deseando permanecer neutral frente al pluralismo ideológico, se organiza independientemente de toda reli-

"gión, relegando lo sagrado a la subjetividad de las conciencias individuales.

"Esta secularización, que implica una autonomía creciente de lo profano, es un hecho característico de nuestras civilizaciones occidentales. Es en esta situación donde ha aparecido el secularismo como sistema ideológico: no solamente justifica este hecho, sino lo toma como objetivo, como fuente y como norma de progreso humano, y llega hasta reivindicar una autonomía absoluta del hombre ante su propio destino. Se trata, entonces, se podía decir, de «una ideología, un nuevo concepto del mundo, sin apertura, y que funciona en su totalidad como una nueva religión» (cfr. Harvey Cox, *La Ciudad secular*, trad. de S. de Trooz, «Cuadernos de la actualidad religiosas», 23, París, Casterman, 1968, pág. 50).

"Esta forma de naturalismo es una visión de las cosas que excluye toda referencia a Dios y a lo trascendente, y tiende, por lo mismo, a identificarse con el ateísmo y a aparecer como un enemigo mortal del cristianismo, que una conciencia cristiana no podía aceptar sin renegar de sí misma, pues hasta tal punto es verdad que el «ateísmo verdadero se sintió, por definición, en el plano de una immanencia cerrada sobre sí, del hombre y del mundo» (R. P. G. M. M. Cottier, O. P., *Horizontes del ateísmo, pensamiento de la fe*, 40, París, Cerfe, 1969, pág. 180). Esto es evidente. Pero los espíritus firmes en la fe muestran más perplejidad ante las posibilidades o los peligros de la misma secularización».

PAULO VI: Alocución a los participantes en la congregación plenaria del secretariado para los no creyentes, 18 marzo 1971 (traducción de *Ecclesia*, núm. 1.536, del 3 y 10 de abril).

La costumbre secularizante cauteriza, primero, la conciencia religiosa y, después, la conciencia moral llevando a su anquilosis.

«Hoy prevalece una costumbre secularizante acaso más que pagana, la cual cauteriza la conciencia moral, tras haber extinguido la conciencia religiosa; el pecado, esa inmensa y misteriosa repercusión en Dios de la acción humana desordenada, no tiene consistencia, no tiene peso. La actividad humana, en sus razones más elevadas, no tiene ya como referencia la ley ni la bondad de Dios, sino, por el contrario, otros términos de confrontación: la utilidad, el in-

"terés, el placer, el éxito, la autonomía absoluta de la voluntad, o de
"la pasión, o del capricho subjetivo. La contrición, es decir, el senti-
"miento de la ofensa inferida a Dios, no tiene ya posibilidad de ex-
"presarse en la celda central y profunda que es el «corazón» del hom-
"bre, herméticamente cerrada por los sellos secretos del laicismo ra-
"dical.

"
"No nos vamos a detener en describir el peligro, el daño, el cas-
"tigo de esta anquilosis moral. Quien tiene la mirada sencilla o el
"ojo clínico sobre los fenómenos negativos de la vida moderna los
"descubre por sí. Hablaremos más bien de la eficacia reanimadora
"de la contrición por sí misma, cuando esté motivada por la ofensa
"a la bondad de Dios por una parte, y por la deformidad de la ma-
"licia del pecado por otra, es decir, cuando, como dicen los maestros,
"el dolor del pecado cometido sea «perfecto»; la contrición así con-
"cebida es ya por sí misma causa del perdón de Dios, cuando esté
"acompañada del propósito de recurrir a la fuerza del sacramento
"de la penitencia tan pronto como sea posible (cfr. S. Tom., Suppl.,
"5,1)».

PAULO VI: Alocución en la audiencia general
del miércoles 5 de marzo de 1974 (original ita-
liano «O. R.», 6-III-75; traducción de *Ecclesia*, nú-
mero 1.733 del 22-29 de marzo).

El secularismo: concepción del mundo que lo explica por sí mismo sin recurrir a Dios. Lleva el humanismo a inclinaciones inhumanas.

«.... hay que constatar en el corazón mismo de este mundo con-
"temporáneo un fenómeno, que constituye como su marca más ca-
"racterística: el secularismo. No hablamos de la secularización en
"el sentido de un esfuerzo, en sí mismo justo y legítimo, no incom-
"patible con la fe y la religión, por descubrir en la creación, en cada
"cosa o en cada acontecimiento del universo, las leyes que los rigen
"con una cierta autonomía, con la convicción interior de que el Crea-
"dor ha puesto en ellos sus leyes.

"
"Tratamos aquí del verdadero secularismo: una concepción del
"mundo según la cual este último se explica por sí mismo sin que
"sea necesario recurrir a Dios; Dios resultaría pues superfluo y hasta
"un obstáculo. Dicho secularismo, para reconocer el poder del hom-
"bre, acaba por sobrepasar a Dios e incluso por renegar de El.

"Nuevas formas de ateísmo —un ateísmo antropocéntrico, no ya abstracto y metafísico, sino pragmático y militante— parecen desprenderse de él. En unión con este secularismo ateo, se nos proponen todos los días, bajo las formas más distintas, una civilización del consumo, el hedonismo erigido en valor supremo, una voluntad de poder y de dominio, de discriminaciones de todo género: constituyen otras tantas inclinaciones inhumanas de este «humanismo».

PAULO VI: Exhortación Apostólica «Evangelii Nuntiandi», 8 de diciembre de 1975, *L'Observatore Romano*, edición semanal en lengua española, año VII, núm. 51 (364), 21 de diciembre de 1975.

El secularismo y el ateísmo actual, influido por el utilitarismo del mundo tangible.

«Así, pues, reflexionad un instante con Nos sobre este hecho que parece calificar la historia y la civilización de nuestra época: la ausencia de Dios. Se ha hablado y escrito mucho sobre este hecho: el ateísmo, en sus múltiples manifestaciones, el secularismo, es decir, la exclusión de toda referencia religiosa de la vida vivida del hombre y de la sociedad, la negación internacional y prácticamente radical del nombre mismo de Dios de las manifestaciones y de la cultura, y de la concepción científica del hombre y de la existencia humana. Una célebre revista francesa, por ejemplo, nos informaba, estos días, de la prohibición ordenada en un determinado país, incluso de grandes tradiciones religiosas, de escribir el nombre de Dios con letra mayúscula («Revue des Deux Mondes», enero de 1973. W. D'Ormesson, pág. 124). ¡A tanto hoy se llega!

"Algunos representantes del hombre moderno, ¿se han convertido acaso en enemigos incluso del santo e inefable nombre de Dios? Este no es sino el aspecto extremo y externo del ateísmo moderno. Pero existen otros aspectos que merecen nuestra reflexión. El hombre moderno, se dice, es alérgico a la religión. No tiene capacidad para pensar, para buscar, para rezar a Dios. Es indiferente, es espiritualmente insensible. En el fondo existe una objeción más grave y tácita, pero fuertemente operante: Nosotros, hombres de hoy, no tenemos necesidad de Dios; la religión es inútil, para nada sirve, mejor dicho, constituye un freno, un obstáculo, un problema superfluo y paralizador; hoy, el hombre se ha liberado de las viejas ideologías teológicas, míticas, pietísticas; y convencido de conquistar una libertad superior ha apagado la antorcha de la religión: Me-

"por la oscuridad de la incredulidad que la mixtificación de las especulaciones supersticiosas.

"... Hoy el espíritu de las personas está saturado de conocimientos concretos, tanto empíricos como científicos, y está totalmente interesado en el dominio de las cosas útiles, las máquinas, por ejemplo, o en el interés de las cosas fútiles, la diversión, por ejemplo; se diría que nada le falta. El mundo de la economía y del placer, el mundo experimental y sensible, el mundo llamado de las realidades verdaderas, tangibles y commensurales de la experiencia le bastan, y no tiene deseo, ni necesidad de buscar en la esfera de lo invisible, de la trascendente, del misterio, el complemento y la plenitud para el vacío interior que, se dice, no existe ya.

"Esta ausencia de Dios nos aflige profundamente, y nos produce la triste impresión de una soledad anacrónica».

PAULO VI: Allocución en la audiencia general del miércoles 17 de enero de 1973 («O. R.», 18 de enero de 1973, original italiano; traducción de Ecclesia núm. 1.627 del 27 de enero de 1973).

El vacío del secularismo y del ateísmo teórico y político de nuestros días denuncia la necesidad de la fe.

«... pensamos que este renacimiento apologético y polémico del sentido religioso tiene hoy otra fuente, ésta espontánea, que brota del vacío que el materialismo, ateo o liberal, escéptico, en definitiva, ha producido en los espíritus de tantos jóvenes de la nueva generación, desilusionados hasta la desesperación por la duda y por la nada, sembradas en sus almas por el secularismo de moda y por el ateísmo teórico o político de nuestros días. Y de este vacío doloroso y tenebroso surge un gemido, de locura a veces, de súplica en otras ocasiones, de poesía llorosa en algunos, más inteligentes y más pacientes, que suena más o menos así: De profundis clamavi ... Desde lo profundo de mi alma he gritado (Sal. 129, 1).

"No estamos todavía en este punto al nivel de la fe. Pero estamos en la denuncia de la necesidad de la fe. Estamos en el plano de la disponibilidad, de la religiosidad subjetiva que aspira a convertirse en religión verdadera y objetiva; estamos a las puertas de la fe (cfr. Santo Tomás, II-II, 81, 1)».

PAULO VI: Allocución en la audiencia general del miércoles 3 de diciembre de 1975 (original italiano «O. R.», 4-XII-75, traducción de Ecclesia núm. 1.770 del sábado 20 de diciembre).

La acometida terrible de la secularización de la sociedad.

«La historia de la vida religiosa está llena de estas vicisitudes funestas, como igualmente está llena de renacimientos vigorosos y de repeticiones generosas. Ahora bien, todos, más o menos, conocemos la acometida terrible y sistemática que la religión, la nuestra en primer lugar, por estar estructurada socialmente y ser orgánicamente concreta en su doctrina y en sus ritos, padece en esta época nuestra, en la que se tiende a hacer coincidir la secularización de la sociedad con su progreso y a despertar un humanismo radical ateo. En un cierto sentido, desgraciadamente no restringido a manifestaciones insignificantes o marginales, la mentalidad de las nuevas generaciones laicas se detiene en los umbrales de la vida religiosa. El ministerio de la fe debe volver a empezar desde la iniciación elemental a las primeras expresiones religiosas».

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 13 de junio de 1973 («O. R.», 14-VI-73, original italiano; traducción de *Ecclesia* número 1.647 del 23 de junio).

La indiferencia secularista a los valores religiosos.

«Podríamos intentar clasificarnos según ciertas categorías genéricas de fácil identificación. La primera categoría es la de los indiferentes. Hoy se trata de una categoría muy numerosa; podemos incluir en la misma a todos los que no se preocupan del problema religioso, como problema vital, y a todos los que piensan que dicho problema está no ya resuelto, sino disuelto por la preeminencia de la mentalidad científica, por el secularismo que circunscribe la esfera de nuestro interés al reino de la experiencia y al de las relaciones económico-sociales que nos rodean. De esta categoría Nos nos sentimos muy distantes, por su abandono de los valores religiosos, que sabemos que son necesarios y que nosotros los tomamos de la y en la Iglesia, con una contraprueba interior de certeza y de felicidad (cf. Rom., 8, 16).»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 12 de septiembre de 1973 («O. R.», 14-IX-73, original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.659 del 22 de septiembre).

Una secularización radical de la sociedad no purifica ni revaloriza la fe de los creyentes, sino que prepara un terreno fértil para el ateísmo.

«.... ¿Es de desear, por otra parte, llegar a este punto, en el proceso de secularización, para purificar y revalorizar, como se dice a veces, la fe de los creyentes?»

“Y nosotros volvemos a encontrar aquí el segundo problema que nos habíamos planteado: una secularización radical de la sociedad, ¿tiene posibilidades de hacer la fe más pura, más consciente y más responsable, porque es menos sociológico, asegurando totalmente y mejor el servicio del hombre? Plenamente convencidos, nosotros no pensamos así. Es, en primer lugar, un hecho histórico el que tal secularización se ha desarrollado en oposición al cristianismo. Pero es necesario añadir todavía: la misma secularización, al lado de la distinción legítima y necesaria entre las realidades terrestres y el reino de Dios, gravita de hecho con toda su fuerza, sólo en el sentido del immanentismo y del antropocentrismo, al cual no se podría reducir la fe cristiana. Prácticamente, una secularización radical, eliminando de la ciudad humana la referencia a Dios y la señal de su presencia, vaciando los proyectos humanos de toda búsqueda de Dios, suprimiendo las instituciones propiamente religiosas, crea un clima de ausencia de Dios. Si es un cambio posible para la madurez religiosa de algún grupo selecto es, en primer lugar, un terreno fértil para el ateísmo, para todos aquellos que —los cuales constituirán siempre un gran número— tienen una fe débil, que difícilmente sobrevive si le faltan los apoyos exteriores. Sería necesario ignorar la naturaleza del hombre y su indispensable expresión social para sorprenderse de ello».

PAULO VI: Alocución a los participantes en la congregación plenaria del secretariado para los no creyentes de 19 de marzo de 1971 (traducción de *Ecclesia* núm. 1.536 del 3 y 10 de abril).

Los que quieren adaptar la Iglesia a la sociedad secularizada.

«.... Para otros, en cambio, la falta de confianza en la Iglesia está originada por el convencimiento de que ésta, según ellos, permanece implicada en instituciones que han tenido su época: En una sociedad secularizada piensan ellos que la Iglesia debería abandonar la mayor parte de las fórmulas que la caracterizan y renun-

"ciar incluso a las certezas adquiridas para dedicarse únicamente a escuchar las necesidades del mundo; y experimentan frente a la Iglesia visible e institucional una frialdad que lleva a algunos a alejarse de ella, según piensan ser a los profundos cambios que caracterizan nuestra época, a las novedades de las situaciones culturales y a las posibilidades científicas y técnicas».

PAULO VI: Alocución al Sacro Colegio Cardenalicio que acudió a felicitarle con motivo de su onomástica (23-VI-72) (texto italiano en *L'Osservatore Romano*, 24 de junio; traducción de *Ecclesia* núm. 1.599 del sábado 8 de julio de 1972).

Legítima distinción de lo temporal y lo religioso, sin olvidar la relación de ambas con el reino de Dios.

«Si no es necesario recordar la legitimidad de una cierta autonomía de las realidades terrestres y de las mismas sociedades, que tienen sus leyes y sus valores propios y que, en consecuencia, se distinguen del reino de Dios (cfr. «*Gaudium et Spes*», núm. 36, párrafo 2), es necesario, por el contrario, rechazar sin equívoco dos confusiones ruinosas entre estos dos campos. La primera es desastrosa: propone una versión secular del cristianismo en el que el término «divino», si todavía figura, no es otra cosa que una manera de designar cualidades immanentes al hombre. Se llegará de este modo a vaciar el mensaje de Cristo de todo su alcance teocéntrico y a promover lo que terminaría por llamarse, sin preocuparse de la contradicción de los términos, un «ateísmo cristiano». Una cierta teología de la muerte de Dios no se ha librado, por desgracia, de este extraño absurdo.

"En el extremo opuesto, algunos cristianos sienten la tentación de negar toda posibilidad de filosofía humana, de solución humana a los problemas de este mundo, fuera de la fe de la Iglesia y de las aplicaciones de los principios cristianos. Esta afirmación, no equivale a negar la responsabilidad humana que forma precisamente parte de la grandeza del hombre creado a imagen de Dios, y a rechazar toda colaboración sincera con los hombres de buena voluntad que no comparten nuestra fe? Este monolitismo confunde excesivamente el reino de Dios y el mundo de aquí abajo.

"Mantener la distinción entre los dos no es, por tanto, oponerlos a ultranza, como si las realidades temporales existiesen, finalmente, sin relación alguna con el reino de Dios, como si las obras de aquí abajo importasen poco a la fe que espera la salvación de Jesucristo.

"Esta incompatibilidad ha seducido a ciertas almas nobles de creyentes, porque parecía salvaguardar la trascendencia de Dios. En realidad, ella termina con demasiada frecuencia excluyéndola de la vida humana. La doctrina católica ha desconfiado siempre de este exceso, porque, ¿no es el mismo Dios el que es Creador, Redentor y Santificador?».

PAULO VI: Alocución a los participantes en la congregación plenaria del secretariado para los no creyentes de 18 de marzo de 1971 (traducción de *Ecclesia* núm. 1.536 del 3 y 10 de abril).

El cristiano no puede aislar este carácter de su actividad como ciudadano.

«Para muchos, el título de cristiano, impreso en su personalidad, no implica ningún resultado práctico, ni individual (recordad la antigua sentencia: «Homo sum, nihil humani a me alienum puto», hombre soy, y no me considero ajeno a lo que es humano; Terencio), ni social (recordad el Concilio). A veces sentimos la tentación de pensar que nuestros derechos personales están plenamente salvados sólo cuando quedamos liberados de toda norma de la ley divina («Gaudium et Spes», núm. 41). Es decir, está marcada en la mentalidad del hombre moderno la distinción, mejor dicho, la separación, por parte del ciudadano del mundo profano, de toda referencia de carácter religioso.

«... que un cristiano se atreve a declararse tal en el ejercicio de sus propias funciones sociales o profesionales, es algo que hoy, con demasiada frecuencia, parece intolerable, como una falta de buen sentido y de buen gusto, como un clericalismo integrista hoy supe- rado, como un freno a poner a la libertad de acción y de discusión».

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 17 de septiembre de 1975 (original italiano «O. R.», 19-IX-75; traducción de *Ecclesia* núm. 1.759 del sábado 4 de octubre).

La realeza de Cristo frente a la concepción laicista actual.

«La proclamación de la plena y definitiva realeza de Cristo abonda sus raíces en el tiempo, en nuestro tiempo, porque nuestro destino personal, respecto a aquel triunfo universal y definitivo, se decide en la actualidad, incluso profana, de la vida presente: nues-

"no hoy marca nuestro destino para el mañana eterno. Exigencia
 "tremenda ésta, que nos defiende de la invasora concepción laicista
 "radical, la cual cierra el horizonte de nuestra experiencia temporal
 "hasta impedirle captar las relaciones religiosas y responsables con-
 "ternientes a nuestra verdadera salvación. Si el laicismo está bien
 "como límite de competencia en los campos del pensamiento y de la
 "acción, no puede defenderse como visión global de la vida; visión
 "que naturalmente se extiende a la esfera religiosa donde Cristo es
 "la luz del mundo».

PAULO VI: En el Angelus del domingo 26 de
 noviembre de 1972 («O. R.», 27-28 de noviembre
 de 1972, original italiano; traducción de Ecclesia
 núm. 1.621 del 9 de diciembre).

**La llamada a la santidad denuncia como incompleto, por no
 decir inaceptable, el concepto de secularización como pro-
 grama de vida del cristiano.**

«... no podemos ocuparnos de religión sin ocuparnos de santidad
 "y viceversa: la santidad no tiene sentido completo si no está orien-
 "tada a la religión. Y podremos llegar razonando a la conclusión que
 "denuncia como incompleto, por no decir inaceptable, el concepto
 "de secularización como programa de vida de un cristiano en busca
 "de autenticidad.

"¿Pero no había dicho ya Cristo Señor en el Evangelio: «Sed
 "perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto»? (Mt., 5, 48).

"Procede, por tanto, preguntarse: ¿Es posible que se nos pida
 "tanto? ¿De qué santidad se trata? ¿De qué perfección? Responda-
 "mos, sin embargo, con algunas preguntas: ¿La vida cristiana se
 "concibe como mediocre? ¿Moralmente insignificante? Desgraciada-
 "mente, sí, hay muchos cristianos mediocres no sólo porque son dé-
 "biles o carentes de formación, sino porque lo quieren ser y por-
 "que tienen sus —así dicen— buenas razones del «justo medio», del
 "«nada demasiado», de la «libertad del Evangelio»; como si el Evan-
 "gelio fuese una escuela de pereza moral, o como si autorizase la am-
 "bigüedad de servir a dos o a más señores (ya que para muchos, que
 "hablan de liberación, la finalidad es servir al conformismo de moda,
 "como si éste hiciese después la vida más cómoda y respetable). ¿No
 "es ésta quizá apariencia, y no ya autenticidad humana o cristiana?
 "¿No es hipocresía? ¿Incoherencia? ¿Relativismo, según el viento
 "que sopla? ¿No significa quitar la cruz del propio cristianismo?
 "(cfr. 1 Cor., 1, 17).

"Pero la objeción continúa: ¿Cómo responder a compromiso tan grande? ¿Qué es la santidad? He aquí una pregunta difícil y compleja. Simplifiquemos la respuesta recordando que la santidad, a la que hemos sido llamados, resulta de dos factores componentes, de los cuales el primero, podemos decir el verdadero, el esencial, es la gracia misma del Espíritu Santo. De Aquel que nos llama a la santidad, a la perfección, viene el poder de conquistarla, porque es El mismo el que la ofrece, El mismo es el que la concede. Estar en gracia de Dios es todo para nosotros. Nuestra perfección es la posesión de la caridad divina. ¿No hay que hacer más? No. Es necesario otro factor, y éste, por parte nuestra, si no queremos caer en el quietismo o en la indiferencia moral; y es nuestro sí; es nuestra disponibilidad para el Espíritu, es el aceptar, mejor dicho, el querer la voluntad de Dios que ama y que salva; un sí que se puede graduar según nuestra libertad, que es llamada. Es llamada a la generosidad, a la audacia, a la grandeza, al heroísmo, al sacrificio. He aquí la paradoja cristiana, es llamada a la perfección, al amor. El encuentro de la voluntad amorosa y salvadora de Dios con la voluntad obediente y feliz de nuestro corazón humano, es la perfección, es la santidad (cfr. Fil., 2, 13)».

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 14 de junio de 1972 («O. R.», 15-VI-72, original italiano; traducción de Ecclesia número 1.598 del 1 de julio).

El pueblo cristiano no es la humanidad. La sacralización debe distinguirlo, y debe preservarse del secularismo.

«"Audemus dicere": podemos en verdad celebrar ante el Señor un rito, una liturgia de la oración común, una santificación de la vida incluso profana, que distingue al cristiano del que no es cristiano. Este pueblo es distinto, aunque esté confundido en la gran marea de la Humanidad. Tiene su distinción, su característica inconfundible. San Pablo se definió «segregatus», separado, distinto del resto de la Humanidad, precisamente por estar investido de prerrogativas y funciones que no tienen los que no poseen la suma fortuna y la excelencia de ser miembros de Cristo. Entonces tenemos que considerar que nosotros, los que estamos llamados a ser hijos de Dios, a participar en el Cuerpo Místico de Cristo, que somos animados por el Espíritu Santo y hechos templos de la presencia de Dios, tenemos que realizar este coloquio, este diálogo, esta conversación con Dios en la religión, en el culto litúrgico, en el culto privado, y tenemos que extender el sentido de la sacralidad

"incluso a las acciones profanas. «Si coméis, si bebéis —dijo San Pablo— hacedlo por la gloria de Dios». Y lo dice repetidas veces, en sus cartas, como para reivindicar al cristiano la capacidad de infundir algo nuevo, de iluminar, de sacralizar también las cosas temporales, externas, efímeras, profanas.

"Se nos exhorta a dar al pueblo cristiano, que se llama Iglesia, un sentido verdaderamente sagrado. Y afirmándolo así, sentimos que tenemos que contener la ola de profanidad, desacralización, secularización, que sube, que oprime y que quiere confundir y desbordar el sentido religioso en el secreto del corazón —en la vida privada exclusivamente secreta, o también en las afirmaciones de la vida exterior— de toda interioridad personal, o incluso hacerlo desaparecer. Se afirma que ya no hay razón para distinguir un hombre de otro, que no hay nada que pueda realizar esta distinción. Aún más, hay que devolver al hombre su autenticidad, hay que devolver al hombre su verdadero ser, que es común a todos los demás. Pero la Iglesia, y hoy San Pedro, llamando al pueblo cristiano a la conciencia de sí mismo, le dicen que es el pueblo elegido, distinto, adquirido por Cristo, un pueblo que debe ejercer una particular relación con Dios, un sacerdocio con Dios. Esta sacralización de la vida hoy no debe ser borrada, expulsada de las costumbres y de nuestra vida, como si ya no debiera figurar.

"Hemos perdido los hábitos religiosos, hemos perdido muchas otras manifestaciones exteriores de la vida religiosa. Respecto a esto hay mucho que discutir y mucho que conceder, pero es necesario mantener el concepto, y con el concepto también algún signo de la sacralidad del pueblo cristiano, es decir, de aquellos que están insertos en Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote. Ello nos dirá también que tenemos que sentir un gran fervor religioso.

"Por muy heterogéneo que se presente el género humano, no tenemos que olvidar esta verdad fundamental que el Señor nos confiere cuando nos da la Gracia: todos somos hermanos en el mismo Cristo. Ya no hay ni judío, ni griego, ni escita, ni bárbaro, ni hombre, ni mujer. Todos somos una sola cosa en Cristo, todos es-
tamos santificados, tenemos todos la participación en este grado de elevación sobrenatural que Cristo nos confirió, y San Pedro nos lo recuerda; es la sociología de la Iglesia que no debemos hacer desaparecer ni olvidar».

PAULO VI: Discurso del día de los Santos Pedro y Pablo del 29 de julio de 1972 (traducción de agencia C. I. O.).